

EL MENTIDERO



DE LA VILLA DE MADRID

Nº 904 | Jueves, 16 de Mayo de 2024

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✦ **Cataluña: termina el «procés», continúa el proceso**, José Javier Esparza
- ✦ **España como fue**, Juan Van-Halen
- ✦ **Sánchez traslada a miembros de su dirección que no hará presidente a Puigdemont y maneja un adelanto electoral**, Angel Ortiz
- ✦ **El reconocimiento de Palestina por España «es un brindis al sol de la progresía, otra “pedrosanchada”»**, Miguen Pérez Pichel
- ✦ **La desinformación como excusa para la coacción**, Marta Martín Llaguna



Cataluña: termina el «procés», continúa el proceso

José Javier Esparza (*La Gaceta*)
Periodista, escritor e historiador

Las terminales del Pedrosanchismo, con su habitual unanimidad, están vendiendo el relato de que con estos resultados se pone fin al procés separatista y empieza una etapa nueva

Las elecciones catalanas las ha ganado un señor, Salvador Illa, que fue ministro de Sanidad durante la pandemia, cuya gestión en ese trance puede considerarse como la peor de Europa y cuyo nombre, por otro lado, aparece vinculado a gravísimas irregularidades que se evalúan en cientos de millones de euros defraudados al erario público. Tras Illa, el segundo candidato más votado ha sido otro señor, Puigdemont, que aprovechó su posición de presidente del gobierno regional para montar un golpe institucional separatista, violar la ley de todas las formas posibles y que, llegado el momento de enfrentarse al Estado, optó por huir escondido en un coche mientras dejaba a sus subordinados el amargo trago del banquillo y la cárcel. Lo menos que puede decirse es que el electorado catalán tiene una curiosa manera de evaluar los méritos públicos. Es la imagen misma de una sociedad moralmente corrompida e intelectualmente desecada, en buena parte a causa de unos medios de comunicación que desde hace decenios han convertido el delirio en realidad cotidiana.

En un primer vistazo, quien más fortalecido sale de estos comicios es el candidato separatista Carles Puigdemont. Es verdad que no ha ganado, pero hay que poner en perspectiva la situación del personaje. Hace menos de un año, Puigdemont era un prófugo de oscuro horizonte judicial y cuyo exiguo crédito político menguaba día a día. Hoy, por el contrario, los votos de sus diputados son determinantes en la gobernación de España y él mismo se ha convertido en la cabeza visible del independentismo catalán. Tan formidable transformación no habría sido posible, ciertamente, sin el voluntarioso concurso de Pedro Sánchez, que necesitaba los votos del prófugo para ganar unas elecciones que perdió y así mantenerse en el poder. Es Sánchez quien ha hecho grande a Puigdemont, del mismo modo que fue Zapatero quien hizo grande a Otegui. No, no es casualidad.



Las terminales del Pedrosanchismo, con su habitual unanimidad, están vendiendo el relato de que con estos resultados se pone fin al procés separatista y empieza una etapa nueva. De algún modo es verdad, pero hay que saber mirar detrás del eslogan. Es cierto que el intento de ruptura ilegal del Estado protagonizado por el separatismo y que alcanzó su momento culminante en la declaración de 2017 puede darse por cerrado. Pero, por el contrario, sigue vivo –y ahora con más fuerza– el proyecto de mutación constitucional que comenzó con Zapatero y que Sánchez ha acelerado, proyecto en el que el socialismo catalán siempre ha jugado un papel protagonista. O sea que muere el procés, pero se revitaliza el proceso de desmantelamiento paulatino y «blando» de la nación española, que es la tendencia dominante de la política española desde hace veinte años. El procés chocó contra un Tribunal: el Supremo, pero el proceso está diseñado para contar con el aliento de otro Tribunal: el Constitucional.

Lo que la victoria electoral del PSC significa es eso: un aval para el desmantelamiento, la desconstrucción de la nación española, que es el acontecimiento mayor de nuestra política desde que el PSOE decidió hacer frente común con los nacionalistas para apurar la deriva disgregadora del sistema de 1978. El proyecto no consiste en sacar a las regiones de España –algo que sin duda levantaría resistencias insuperables–, sino, mucho más ladinamente, en sacar a España de las regiones, de modo que éstas empiecen a vivir como si fueran independientes de hecho, pero sin los inconvenientes de una emancipación formal. Es lo que llevamos años viendo en el País Vasco y Cataluña, y también en Navarra, pero igualmente en comunidades gobernadas por el PP como Galicia o Baleares. Esta variante blanda de la desconstrucción nacional puede envolverse en «institucionalidad» y «convivencia», y así ganar la voluntad de los moderados, o sea, del Partido Popular. La tibieza de la cúpula de Génova al respecto no permite albergar grandes esperanzas sobre una eventual resistencia.



Si alguien quiere de verdad detener todo esto, no le bastará con invocar una Constitución cuya letra está hoy en manos de quienes quieren reescribirla por la vía de los hechos. No, la trinchera decisiva está en un estrato mucho más profundo: el de la nación española, su continuidad histórica, su vigencia en tanto que comunidad política y núcleo de soberanía. Sin eso, todo lo demás (Corona, Estado de derecho, libertades públicas, etc.) se desmoronará sin remedio. Hoy, esa trinchera es la habitación del único patriotismo posible.



España como fue

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Desear más España, recuperar la España que vivimos no hace muchos años, no implica sobredimensionar lo central sobre lo periférico ni lo general sobre lo particular

Cada día aumenta el número de preocupados por la situación de España. También en el exterior. Las elecciones catalanas han supuesto un paisaje que muchos miran con un solo ojo. Se ha repetido desde la misma noche electoral que ha ganado el constitucionalismo, pero ¿a quién suman? ¿Al PSC que desde los tiempos de Maragall viene haciendo el juego al independentismo? Aquellos partidos, como el PSC, que siguen las derivas rupturistas con la Constitución y lo que en ella queda palmariamente claro como la indisoluble unidad nacional y la igualdad de todos los españoles, no pueden ser considerados constitucionalistas. En la misma línea, el partido sanchista, antes PSOE, no es constitucionalista salvo de conveniencia. Pronto lo padecerá Illa, el tonto útil de esta ocasión. Ojalá me equivoque. La Constitución no depende de las conveniencias personales o de partido.

No debemos resignarnos a que España sea marioneta de una política suicida al servicio de un interés egocéntrico, con sucesivas y más graves cesiones al independentismo. Debemos volver a la consideración, legalidad, ética y vergüenza de una España que fue y que está ahí, deseando liberarse de la mentira, el fango y la manipulación del peor Gobierno que hemos padecido en mucho tiempo. No me refiero a lo que con tanto desprecio como desconocimiento se suele tildar, desde el independentismo, como «nacionalismo español». Desear más España, recuperar la España que vivimos no hace muchos años, no implica sobredimensionar lo central sobre lo periférico ni lo general sobre lo particular. Supone que todos rememos juntos, que todos apostemos por algo sobre lo que no sería necesaria insistencia: que encajen sin chirriar las piezas de un mosaico que se consolidó hace siglos y que había ido conformándose desde mucho antes con esfuerzo y generosidad.

Francesco Guicciardini, considerado padre de la historiografía moderna, filósofo, embajador de la Florencia de los Medici ante el rey Fernando el Católico, dejó páginas inteligentes y esclarecedoras sobre aquella Corte y aquel tiempo, desde su cercano trato con el monarca, en «*Relazione di Spagna*». Ahora muchos tendrían que leer a Guicciardini porque resulta que la unidad de esfuerzos y de destino que él admiraba en la España de 1511 desde su visión preocupada del complejo puzle italiano, es, cinco siglos después, una realidad negada en la duda de si es o no es, si España debe vivir hacia el futuro o volver atrás siglos, a fragmentarse y, en definitiva, a desdecirse a sí misma.

En España los nacionalismos fueron la desembocadura desbordada de los razonables regionalismos, con el romanticismo al fondo; más sentimiento que estrépito. Hubo regiones que no traspasaron los límites de las tradiciones, de la lengua y de los llamados hechos diferenciales que, además, venían de atrás y nunca habían representado exclusiones o rupturas. Pero algunas regiones, con Cataluña a la cabeza, se desviaron y aprovecharon las contradicciones, debilidad, ligereza y mediocridad de una serie de políticas y de políticos que no supieron o no pudieron responder con altura de miras y convocatorias atractivas al tirón ciertamente egoísta de un oportunismo disgregador que aprovechaba las situaciones críticas de la realidad nacional.



Sánchez traslada a miembros de su dirección que no hará presidente a Puigdemont y maneja un adelanto electoral

Ángel Ortiz (*Vozpópuli*)

El PSOE no aceptará ningún escenario en el que Illa no presida la Generalitat, aunque cueste a Sánchez una legislatura que en su entorno prevén «corta»

Pedro Sánchez no hará presidente de la Generalitat a Carles Puigdemont. Se trata de un extremo rotundo y públicamente descartado por el propio PSC y que el presidente del Gobierno ha mantenido en firme a su más estrecho círculo de colaboradores. El PSOE pondrá toda la carne en el asador para que Salvador Illa sea el próximo presidente catalán. Y, como ha podido saber *Vozpópuli*, lo hará hasta sus últimas consecuencias. Es decir, aunque la decisión suponga la repetición electoral en Cataluña y un terremoto en Madrid que dé al traste con la legislatura. Es por ello que el sintagma «elecciones generales» ya asoma por boca de algunos fontaneros de Ferraz.

La convicción de los socialistas es firme: Illa será el próximo presidente de la Generalitat «porque la mayoría independentista se ha perdido» y porque han «ganado las elecciones tanto en votos como en escaños». Así lo manifestó este lunes Núria Parlón, portavoz del PSC. «Esto le tiene que quedar muy claro a Puigdemont, aunque nos amenace con bloquear la gobernabilidad en España», vio el envite adelantado por el líder de Junts en la misma noche electoral y confirmado a primera hora de este lunes.

Y es que, si bien todavía en plena resaca electoral, la senda de Illa hasta la Casa dels Canonges se enmarañó rápidamente. No sólo por el órdago lanzado por Puigdemont. También por el anuncio del presidente saliente, Pere Aragonès, de que ERC se irá a la oposición y no estará «para facilitar una investidura del PSC». Los 20 diputados republicanos, saquemos el pactómetro, son indispensables para alcanzar –con los 42 del PSC y los seis de Comuns Sumar– los 68 necesarios para lograr la mayoría absoluta en el Parlament. Ésa es la «primera instancia» que abordará tras su ronda de contactos el líder del PSC, adelantó Parlón. ¿La segunda? «Tampoco cerramos la puerta a hablar con Junts», aseguró.

«Veremos, aún es pronto», emplazan fuentes cercanas al expresidente en conversación con este periódico, deslizando la posibilidad de una larga partida de cartas entre Sánchez y Puigdemont. El líder de Junts anunció en Argelès-sur-Mer, la localidad del sur de Francia donde se estableció una vez comenzada la campaña, su intención de presentarse a la investidura y de defenderla personalmente en el Parlament de Cataluña. Esto es, volviendo a España seis años y medio después de huir de la Justicia y tomar rumbo a Waterloo.

Descartan una moción de censura

«Tenemos potencialmente más opciones de ser investidos en segunda vuelta, en segunda votación, si hiciéramos un gobierno de coherencia soberanista», tanteó Puigdemont, cuyas cuentas sólo prosperan con los votos favorables de ERC y la CUP y la abstención del PSC. Además, para el líder del Junts, la investidura de Illa pasa «necesariamente por el PP y no se puede beneficiar ni por activa ni por pasiva de una abstención de Vox». Una maniobra que da por inamovible la postura de Aragonès y que redobla la presión sobre Esquerra, con quien ya ha iniciado contactos, sí; pero que también advierte a los socialistas de que cualquier entendimiento con el PP «dejaría sin sentido» el «acuerdo en Madrid».

¿Qué significa eso? Los siete diputados de Junts son fundamentales para que el Gobierno de coalición saque cualquier votación adelante, tan estrecha es la aritmética parlamentaria asumida

por Sánchez, por la misma razón que también son capaces de decantar la balanza hacia el otro lado de la Cámara Baja. Ése que sólo integran el PP y Vox. Llegados a este punto, la sala de máquinas de Ferraz descarta que Puigdemont se aventure con una hipotética moción de censura de la mano de sendos socios coyunturales. Eso sí: prevén una «legislatura corta» que difícilmente alcanzaría el «año y medio». Además, existe una honda preocupación sobre la posibilidad de sacar adelante los Presupuestos Generales del Estado para 2025.

Fue Esther Peña, portavoz del PSOE, quien aseguró que «los resultados de estas elecciones no tendrán ninguna repercusión en la gobernabilidad», siguiendo la necesaria política de apaciguamiento socialista, que ha de manejar la situación con mano de tédax. Pero una afirmación que choca manifiestamente con las amenazas arrojadas por Puigdemont. No obstante, y puestos todos los naipes sobre el tapete, en Ferraz confían en que se trata de una investidura teleológicamente destinada a materializarse. El principal escenario que barajan es el de un Govern de coalición entre PSC y Comuns Sumar que, con 48 diputados y a imagen y semejanza del Gobierno de España, tenga el apoyo extraparlamentario de ERC.

¿Por qué? Por la gran baza que supone la Ley de Amnistía y porque la alternativa en Madrid es un Gobierno liderado por Alberto Núñez Feijóo, más lesivo con los intereses independentistas. De hecho, en Génova se ríen de la posibilidad de que Sánchez baraje un adelanto electoral, algo que consideran que no confesaría ni al cuello de su camisa habida cuenta del reciente episodio de los cinco días sabaticoreflexivos del presidente en Moncloa. Pero así lo hecho saber Sánchez a sus pocos alfiles. Nada se sabrá antes de las elecciones europeas. Y el Parlament tiene que constituirse antes del lunes 10. Un día después.



El reconocimiento de Palestina por España «es un brindis al sol de la progresía, otra “pedrosanchada”»

Entrevista a Gustavo Morales

Miguel Pérez Pichel (*El Debate*)

Gustavo Morales explica a El Debate los entresijos de la guerra de Gaza con motivo de su último libro, Jamás se terminará

Decía Robert Capa –hablando del fotoperiodismo de guerra– que si una fotografía no es lo suficientemente buena es porque el fotógrafo no estaba lo bastante cerca.

Gustavo Morales, periodista, analista e investigador, además de colaborador del diario *El Debate*, ha estado lo suficientemente cerca de las guerras de Oriente Medio como para poder ofrecer una visión objetiva y clara de lo que sucede en este momento en la franja de Gaza.

Morales cubrió los conflictos de Oriente Medio durante años y fue testigo de la revolución islámica en Irán, la guerra Irán-Irak y enfrentamientos en Jordania, Líbano y Yemen, conflictos todos ellos que apuntan un conflicto central y transversal que los hila: el conflicto palestino-israelí.

Su experiencia le ha llevado a analizar el conflicto de Oriente Medio y el recorrido que ha llevado hasta la actual guerra de Gaza en el libro *Jamás se terminará* (*Última Línea*).

–En el libro afirma que no hay solución militar al conflicto. De hecho, lo titula *Jamás se terminará*. ¿Cuál es entonces la solución?

–La solución a la guerra no está si no en las negociaciones. Pero para eso ambas partes tienen que ser conscientes de la existencia de la otra, cosa que en este momento no parecen serlo.

–La cuestión de Jerusalén ha sido una de las principales piedras en las que han descarrilado las negociaciones de paz. ¿Podría Israel aceptar compartir Jerusalén con los palestinos, o los palestinos renunciar a ella?

–Sería más posible que los palestinos renuncien a Jerusalén a que Israel lo haga. Jerusalén tiene un peso muy importante para las tres religiones monoteístas que monopolizan las fes del mundo. Israel, durante muchos años, se identificó con la famosa frase de «el año que viene en Jerusalén».

Con lo cual, la ciudad tiene un peso dentro del judaísmo muy importante, y hablo del judaísmo religioso, porque las religiones no suelen establecer puntos de encuentro ni lugares para la negociación. Es decir, Alá y Yahvé no negocian.

–¿Cómo cree que acabará la actual guerra de Gaza?

–La actual guerra de Gaza acabará con la toma de Gaza y la explotación de los recursos naturales que existen en la zona, que son grandes bolsas de gas natural.

–¿Cree entonces que Israel realizará una ocupación de Gaza similar a la que ha instaurado en parte de Cisjordania?

–Sí. En Cisjordania la aplica (la ocupación) fundamentalmente porque Cisjordania para Israel tiene una importancia religiosa fundamental, porque esos son los «territorios madre», como si dijéramos.

El problema que hay aquí es que en su momento se renunció a las negociaciones que se estaban manteniendo con la Organización para la Liberación de Palestina, lo que es ahora la Autoridad Nacional Palestina, que con todos los problemas que tenga de corrupción, que son muchos, y de ineficacia, que son bastantes, era un interlocutor válido, como se demostró en las conversaciones de Oslo entre Isaac Rabin y Yaser Arafat.

El asunto es que, con el tiempo, ninguna de esas dos personas que he citado están vivas. Ambos han muerto y no precisamente de muerte natural. El gobierno de Netanyahu, entre otros muchos errores, cometió el de potenciar a una organización religiosa suponiendo que con ello debilitaría, cosa que sí que es cierto, a la Organización para la Liberación de Palestina.

–Los israelíes justifican la guerra en Gaza por la enormidad de la tragedia de los asesinatos en los atentados terroristas del 7 de octubre. ¿Cree que la respuesta israelí es proporcionada al ataque de Hamás?

–No lo cree ni siquiera Israel. Nadie piensa que la respuesta natural al 7 de octubre, por cierto, aniversario de la Batalla de Lepanto, sea los bombardeos y el arrasamiento de la franja de Gaza.

Es un exceso a todas luces muy importante, porque como respuesta a unos atentados terroristas, que no son los primeros –recuérdese aquellos de Munich en las Olimpiadas–, la destrucción y arrasamiento sistemático ha sido muy importante.

–Si se acelera el reconocimiento del Estado palestino como consecuencia de la guerra, ¿se podría considerar una derrota de Israel que habría logrado el efecto contrario al buscado con su operación en Gaza?

–Sí, pero no creo que se logre un Estado palestino, fundamentalmente, porque tendría que componerse de distintos territorios que Israel en este momento no está dispuesto a ceder.

El principal problema que tiene Israel es un problema de territorio. Hay zonas del Estado de Israel donde el ancho de la nación en ese punto es de 15 kilómetros. Para eso (para la creación de un Estado palestino) tendría que componerse de parte de la ciudad de Jerusalén, de Gaza y de Cisjordania, lo cual dificulta mucho la territorialidad de ese Estado.



–¿Es viable un Estado palestino soberano en un territorio tan fragmentado como el palestino, con una Franja de Gaza aislada y una Cisjordania rodeada por un muro de ocho metros de hormigón y con multitud de territorios israelíes en su interior?

–Sería una nación sin continuidad. Sería casi peor que el Estado de Prusia después de la Primera Guerra Mundial.

–¿Qué opina de la campaña del gobierno español para un reconocimiento internacional del Estado palestino?

–Es un brindis al sol de la progresía, y ganas de protagonismo en las relaciones internacionales que no se ha conseguido de otra manera. Es otra «pedrosanchada». Lo que se está haciendo, igual que el reconocimiento de la marroquinidad del Sahara, es un error brutal, y se aleja mucho de la realidad



–¿Cómo se explican las manifestaciones en occidente a favor de Palestina donde se justifica a Hamás y se defienden sus tesis, como la destrucción del Estado de Israel?

–Corresponde a la cristianofobia que sufre la izquierda española y también la izquierda europea y corresponde a la potencialización del islam precisamente por ese odio al cristianismo.

El error de la izquierda ha sido siempre apoyar a los grupos musulmanes pensando que con ello debilitan el pensamiento cristiano y lo que están haciendo es meter al lobo en el corral de las ovejas.

El tema de los derechos de la mujer, el tema de los derechos de la comunidad lgtbi, y otros temas que son tan caros a la izquierda, precisamente en el islam no están resueltos, sino todo lo contrario.

–El libro bebe mucho de su experiencia como corresponsal en Oriente Medio, de aquellas coberturas de la revolución iraní, o la guerra-Irán-Irak. Desde su visión, ¿cómo ha cambiado Oriente Medio desde aquellas coberturas?

–Ha cambiado muchísimo. Peter Scholl-Latour, un periodista franco-alemán, definía a Israel como «Esparta en Oriente Medio». Era un Estado democrático que se defendía y que despertaba la admiración de gran parte de Occidente por el coraje de esa colonización israelí. Actualmente, sin embargo, el Estado de Israel ha pasado a imitar a sus padrinos británicos y a convertirse en un Estado colonial al estilo europeo más claro.

La antigua Persia, que era una columna de Estados Unidos, se ha convertido ahora en la capital de la resistencia y de la lucha contra Occidente en general y contra el Estado de Israel en particular. Es decir, el panorama ha cambiado sobremanera desde mis viejos tiempos.



La desinformación como excusa para la coacción

Marta Martín Llaguno (*elSubjetivo*)

Catedrática Comunicación Audiovisual y Publicidad de la Universidad de Alicante.

«Si la desinformación socava la democracia, una supuesta lucha para erradicarla que imponga mantras interesados y que ejerza la coacción ideológica también»

Entre el festival de Eurovisión y la campaña catalana, el acuerdo firmado el viernes por Albares y Blinken «para frenar la desinformación» ha pasado casi desapercibido. La rúbrica, ¡qué casualidad!, se ha hecho justo después de ese *cese interruptus* de Sánchez, que, puesta en agenda la «máquina del fango», ha abierto la veda para legislar (más) sobre la lista de «buenos» y «malos» medios.

Leía la noticia en una cabecera de la *opinión sincronizada* (que se ha congratulado de ello) cuando dos amigos, ¡otra casualidad!, me remitían simultáneamente una información de *UnHerd*, ese medio británico «de periodismo pausado» que ofrece análisis sobre temas poco convencionales.

El 17 de abril *UnHerd* publicó una investigación sobre el Índice Global de Desinformación (IGD). Al parecer esta entidad recibe dinero, de entre otros patrocinadores como Soros, de los gobiernos alemán, británico y europeo. IGD se dedica a elaborar «listas de medios» que sirven para justificar «la activación o desactivación de ingresos publicitarios», es decir, para apuntar dónde deben (o no) meter publicidad los anunciantes. Hasta aquí, y bajo el argumento de preservar la veracidad, parece incluso razonable que se penalice al que miente.

El problema viene con la delimitación de la «desinformación». Y es que, inicialmente, como tal se consideró el «contenido deliberadamente falso, diseñado para engañar». Sin embargo, esa definición se ha ampliado a «cualquier cosa que despliegue una narrativa contradictoria», incluidas las historias objetivamente ciertas que enfrentan a personas, o atacan a individuos, instituciones o a la ciencia.

UnHerd ha sido incluida en la «lista de desinformación dinámica» (aquella que debe ser boicoteada por los anunciantes) no por difundir bulos o lanzar noticias inexactas sino por divulgar tribunas que sostienen «que existen diferencias biológicas entre los sexos» y que hacen críticas «a las creencias de género», cuestiones que el IGD considera «desinformación». Sirva como tremendo aviso para navegantes.

Así las cosas, aquello que nació para garantizar el derecho a la información puede convertirse en una peligrosa herramienta de coacción. Las agencias de clasificación son manos negras que, en maquinaria de la publicidad *online* indican «lo que se debe o no patrocinar»... con un criterio que no se relaciona estrictamente con la verdad, sino vaya a saber usted con qué intereses. Estas instituciones que guían la inversión de los anunciantes pueden marcar la vida (o muerte) de las empresas informativas y... lo que es más grave: dirigir el discurso público sin que nos entere-mos.

La desinformación emerge como un problema importante y por eso se está destinando mucho dinero y esfuerzo a combatirla. Sin embargo, aunque sea políticamente incorrecto y pueda parecer tabú, es necesario hacerse también algunas preguntas. Por ejemplo: ¿Qué efectos están teniendo las agencias verificadoras y las «clasificaciones» en la pluralidad y la polarización mediática? ¿Qué repercusión pueden tener en las campañas electorales? ¿Quién verifica al verificador y, sobre todo, quién lo financia?

Pronto tendremos en Europa elecciones al Parlamento Europeo y, en Estados Unidos, presidenciales (...) queremos hacer un esfuerzo especial para evitar la desinformación en lengua española», dijo Albares en la firma del acuerdo. Perfecto. Y luego ha añadido como quien no quiere la cosa, «tenemos una agenda progresista común que impulsaremos».



Si la desinformación socava la democracia, una supuesta lucha para erradicarla que imponga mantras interesados y que ejerza la coacción ideológica también. Al caso *UnHerd* me remito.

Vigilar que no se gesten sutiles maniobras para el manejo de la opinión pública, que suponen una grave amenaza para la libertad y el pluralismo, no es un tema baladí. Avisados estamos.
